

Selección de Textos

Gonzalo Manglano

1. Relato

ENTRE LOS ALMENDROS MUERTOS

Han pasado cientos de años, y he llegado con los pies desnudos, con las rodillas al aire y la humedad en los huesos; con Europa en la cabeza. Junto a la humedad. En el bosque: los antepasados, el grito, el silencio, la infancia, Balzac, Proust, Dostoievski, Mishima, Oé; mi viaje; la nieve ausente y la literatura europea derritiéndose desde arriba, desde lo más alto del monte, derritiéndose hasta convertirse en arroyo, hasta unirse a los olmos y a los antepasados. Hasta hacerme caer bajo la tierra. Entre su tiempo. Salgo a dar un paseo. El bosque es umbrío y la humedad se convierte en mis huesos. Entre los almendros muertos. ¿A qué he venido, qué hago en Japón? Ni siquiera he conseguido entender el paisaje. Ni el pasado. Pero estoy aquí y escribo. Con los pies manchados de tierra japonesa, con las palabras muertas cayendo. En busca de la rabia. Pero sin encontrarla. Con toda esta niebla envolviendo a miles de extraños.

Entre los árboles, con la tierra embarrada, aún con la escarcha confundiendo el bosque, entiendo que son los rusos los que me han traído hasta aquí. En realidad, Dostoievski y por tanto, Kenzaburo Oé. Y sin duda, Cervantes. Todos en el mismo bosque, incapaces de entender nada, pero con la misma mirada entre la niebla. Cervantes, Dostoievski, Oé. La tradición muerta, perdida entre la nueva niebla. Mañana nos vamos a Tokio, tengo curiosidad por ver la ciudad; me aparto a un lado y veo correr al nuevo imperio: una imagen imborrable; inmensa y con apariencia de eternidad, de continuidad ilimitada.

Tengo la dirección de Kenzaburo; vive en un barrio tranquilo. Le veo salir de casa, con su hijo. Lleva una mochila, parece que van al colegio. Les veo hablar. Y les sigo. Entran en el colegio. Me marchó; he decidido olvidarlo, ¿qué le voy a decir? Vuelvo a su casa y le dejo un sobre en el buzón, con este relato. Tal vez lo lea y sepa qué decirme. O tal vez se vaya a su

refugio, cerca del gran árbol, lo lea y no diga nada. ¿Es eso lo que hacen los japoneses? ¿Es eso lo que hará Kenzaburo Oé? Intento imaginarlo; acercarme a él, a Japón, a través de lo que imagino. Ya no tengo nada que hacer aquí, me voy a Kyoto. Parece que algo he aprehendido: tengo las prisas de los jóvenes de la nueva era. En Kyoto las pierdo. El tiempo se seca, cae inerte y permanece absorto, mientras nuestros pasos.

Y así, con los pies varados en el tiempo, me encuentro con Kenzaburo. Por suerte, habla ruso.

Siento haberme retrasado, se excusa. No te preocupes, ya sabes que el tiempo se ha secado. Lo sé. En Tokio no me atreví a llamarte, ibas con tu hijo y pensé que no querías que os molestase. Hiciste bien, prefiero verte aquí. Te agradezco que hayas venido. ¿Acaso tenía otra opción? No le respondo y continúo. Sabes que han pasado cientos de años para que pueda llegar hasta aquí, para que pueda poner los pies junto a los tuyos y, aun sin entender tu gesto, estrecharte la mano. Conozco tu mano. ¿Cómo? Me hablas de cientos de años, de escritores viejos y culturas muertas, de tu mano, ¿y aún no te has dado cuenta? ¡Mírate! ¡Mira tus viejos escritores! Mírame, aquí, sentado y hablando en ruso, ¿pero cómo se te ha ocurrido algo así?

Me encojo de hombros: sólo es literatura, palabras que caen muertas. Por fin dices algo con sentido. Sigo sin entender por qué me hablas así. ¿Por qué no miras?; mientras hablamos, el mundo continúa, pero tú estás muerto. ¿Qué quieres decir? Sólo eso, que estás muerto, como tus escritores y la tierra que has visto. Como lo estoy yo; como nuestros libros. He hecho el viaje en balde, no consigo entenderte. Te empeñas en no mirar: abre un libro, mira, las palabras yacen y allí estamos nosotros; han pasado miles de años y siguen muertas; has venido porque crees que nuestros libros nos unen, pero no es verdad, nos une la muerte, el amor a la palabra yaciente, la lejanía del mundo. Ser escritor es vivir muerto. Desde hace siglos. Siglos de cadáveres sentados a la mesa y escribiendo, intentando comprender lo que anida en su pellejo. Y lo único que hay es vacío; el vacío de quien busca. Los vivos son

guerreros, empresarios, deportistas; sólo los muertos escriben. Detienen el tiempo y escriben. Por eso nadie quiere acercarse a los libros; porque el mundo es de los vivos, empeñados en correr y olvidando nuestras tumbas de palabras; olvidando que los muertos creamos el mundo.

(Madrid, 19 de julio, 2007)

Publicado en Representaciones mítico simbólicas del imaginario del Eros y el Thanatos japonés (Valladolid, Universidad de Valladolid, 2009)

2. Comienzo de la novela *Crónicas de humo*

El humo se lo lleva el viento, aparentemente desaparece sin dejar rastro. Sin embargo, permanece; queda invisible en la hierba, en las palabras, en el cielo, entre nuestra respiración entrecortada; queda impregnado en nuestras manos como la huella vacía del pasado.

El humo es como la niebla, pero más oscuro. Cuando la niebla desaparece, se va, sin más; se va sin dejar apenas un jirón agarrado a un árbol. Cuando el humo desaparece, su huella indeleble ha impregnado nuestra mirada, la ha vuelto turbia aunque creemos que no hay nada; que, como la niebla, desapareció sin dejar huella.

I

Las pámpanas tenían el color suave de la muerte, la vendimia había terminado; empezaba la poda y el frío entraba agarrado al viento, como un cuchillo, cortando el tiempo y encerrando a la región en sus casas. Cambiándolo todo para que los días fueran los mismos que el año anterior. Otra vez. Silbando con la voz afilada y húmeda. Los hombres se miran con la sonrisa cortada y aire de alivio: la vendimia había terminado y el viento llegaba cuando debía, cuando la región entera lo llamaba con la necesidad angustiada de un cambio previsto; cuando los sarmientos tenían el aspecto del viento y la voz del valle imploraba la llegada del invierno; el grito del viento, la sucesión de los días, de las estaciones. Era el momento de entrar en casa, de encender la chimenea con los viejos sarmientos y preparar la primavera. Y cuando el sueño del invierno se asentaba insidioso y la región empezaba a trabajar tras las puertas cerradas, agarré ese viento y cambié mi vida. Me fui a París.

Había decidido pintar, pero nunca había pensado en tener éxito. O al menos eso creía. Cuando conocí a Cristine, llevaba demasiado tiempo en París intentando encontrar una brecha por la que colarme; sin embargo, no fue la tentación del éxito lo que me hizo aceptar su propuesta. Ni siquiera la pintura. Hubiese aceptado cualquier proposición que me hubiera hecho. Y aún así, llevé mi carpeta: rebusco entre los dibujos, tiro dos, demasiado oscuros, busco las fotografías y lo coloco todo por orden. Meticulosamente. Me quedo sentado durante una hora; sin pensar; con el tiempo resbalando entre mis rodillas; hasta que llega a mis pies y salgo a la calle. Al aceptar la invitación de Cristine adopté su universo; acepté ser engullido por su mundo y empecé a caminar por el vacío que se abría bajo mis pies. A veces creo que lo sabía, que era consciente de lo que iba a pasar, que yo lo provoqué, incluso lo perseguí, y que la crítica no hizo más que decir la verdad: todo ha sido parte de un plan perfectamente trazado y dirigido a convertirme en un pintor de éxito. Puede que fuese su voz, varios años antes de conocerme, con un plan aún no trazado, la que me llamó silenciosa, con el mismo grito del

viento. Cada una de las palabras que salieron de mi boca en los momentos de locura aumentó mi cotización y encumbró el arte de Alphonse Masqué. De noche, con los ojos abiertos por el pasado, recuerdo cómo todo empezó en el momento en que conocí a Cristine. Antes no hay nada: ha desaparecido cubierto por cientos de paladas de tierra, de días de tierra; cubierto por la pérdida de mi alma. Y entre el recuerdo aparece un silencio hambriento de palabras guardadas. (Un silencio) cuyas mandíbulas se afilan con mi existencia; con una existencia que se desvanece. Sin sombras. Cada paseo nocturno se convierte en un viaje hacia el vacío; en parte del plan de Cristine.

(Málaga, Alfama, 2008)